

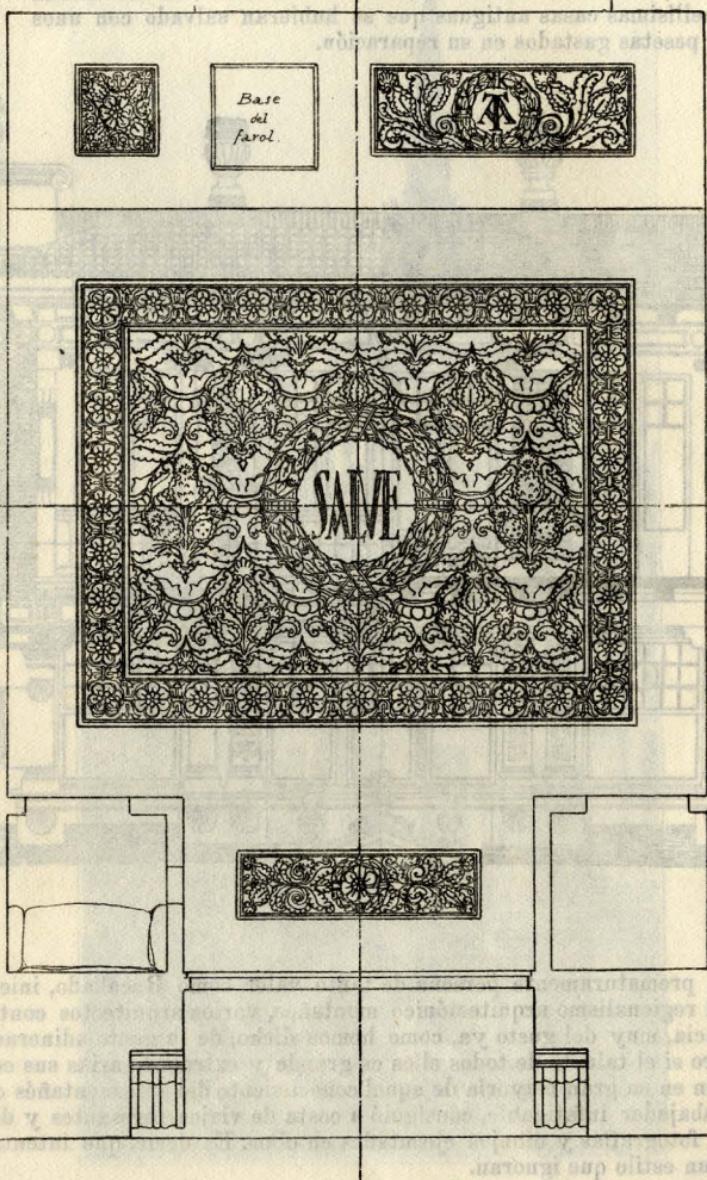
La última obra de Rucabado.

Influido por las propagandas artísticas y las publicaciones de D. Vicente Lampérez, estudió Rucabado concienzudamente lo que se ha llamado arquitectura montañesa, es decir, los palacios, las torres, las casas, las viviendas rurales de la provincia de Santander, pertenecientes a los siglos XVII y XVIII en su inmensa mayoría. Recorrió la región en todas direcciones muchas veces, examinando detenidamente estas construcciones; hizo innumerables fotografías, copió gran cantidad de detalles: molduras, cornisas, aleros, rejas, escaleras... Y cuando al cabo

de tres años dedicados casi por completo a esta labor llegó a poseer un conocimiento profundo de la arquitectura montañesa de los siglos XVII y XVIII, él, que había sido un ecléctico en sus obras anteriores, de tendencias exóticas casi todas, volvió los ojos a la arquitectura regional, construyendo varios edificios inspirados en los antiguos que había estudiado, mucho más movidos de masas y de líneas que éstos, más profusos de decoración, buscando siempre en ellos una impresión pintoresca, en todos lograda. Para nuestro gusto—declarémoslo con un gran respeto—las construcciones de Rucabado pecan de profusas; en ellas se han amontonado excesivas cosas, gran cantidad de detalles de diversos edificios antiguos, que se perjudican unos a otros.

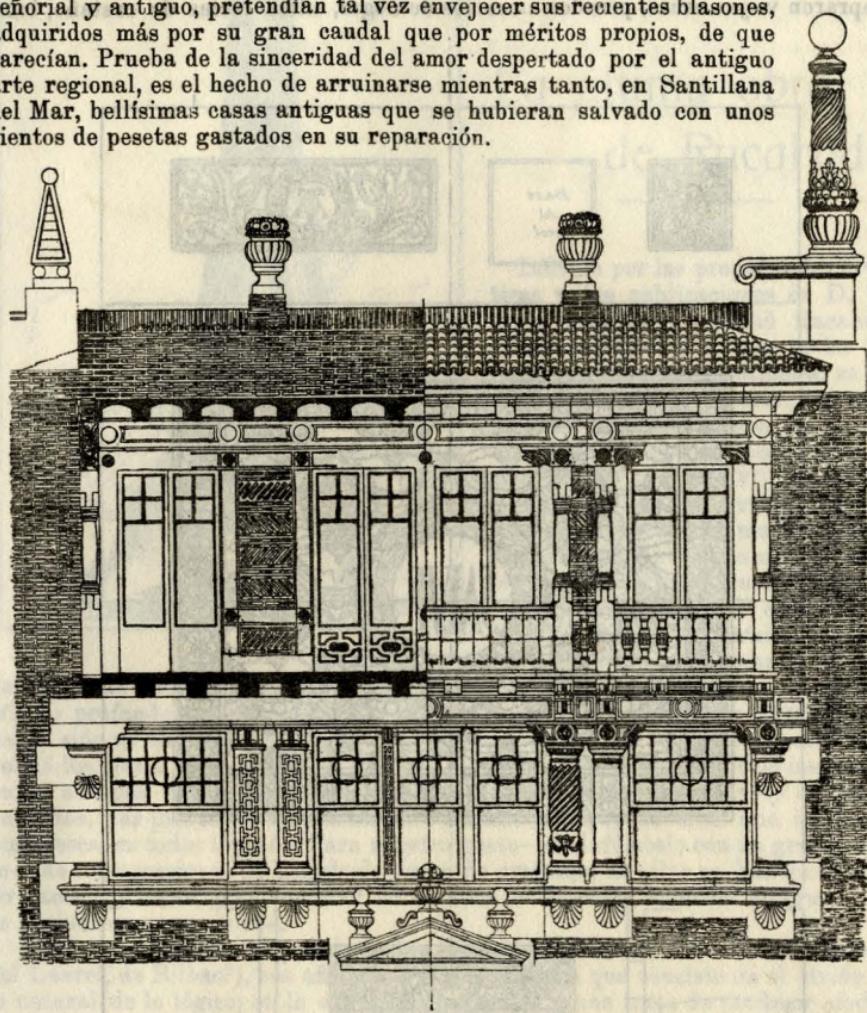
Casi todas caen en el pecado de la afectación (¿cómo no recordar la Hostería del Laurel, de Bilbao?), esa afectación arquitectónica que consiste en el olvido de lo natural, de lo lógico; en la concepción rebuscada, que trata de producir efectos por medios que no tienen nada que ver con los recursos de la Arquitectura. Sin embargo, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre esas obras del Arquitecto montañés, hay que reconocer en ellas un talento arquitectónico y una probidad artística muy grandes. Rucabado quedará siempre como un artista, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre su orientación. Muriendo joven aún, nos privó tal vez de lo mejor de su obra. Espíritu sensible a los movimientos artísticos, era de esperar que su arquitectura se fuese despojando de la exuberancia juvenil de episodios que la abrumaban, para llegar a ser un arte sobrio y vigoroso. Coincidieron las obras montañesas de este arquitecto con la moda del nacionalismo y regionalismo artísticos, que se extiende hoy por el mundo entero. Las gentes adineradas de la región montañesa, en la que se hicieron grandes fortunas con la guerra, y muchas familias de la comarca, ennoblecidas en los últimos sesenta años,

atentas siempre a la postrema tendencia de *la moda*, quisieron vivir en hoteles, chalets o palacios, construidos en el llamado *estilo montañés*, y para amueblarlos compraron viejas arcas, pesados armarios de nogal, sillas recias de castaño, ban-



Planta del portal.

cos de balaustres torneados, hasta escudos arrancados de palacios antiguos y portadas de piedra reconstruidas luego en sus fincas. Rodeándose de un ambiente señorrial y antiguo, pretendían tal vez envejecer sus recientes blasones, adquiridos más por su gran caudal que por méritos propios, de que carecían. Prueba de la sinceridad del amor despertado por el antiguo arte regional, es el hecho de arruinarse mientras tanto, en Santillana del Mar, bellísimas casas antiguas que se hubieran salvado con unos cientos de pesetas gastados en su reparación.



Muerto prematuramente persona de tanto valer como Rucabado, iniciador y apóstol del regionalismo arquitectónico montañés, varios arquitectos continuaron esa tendencia, muy del gusto ya, como hemos dicho, de la gente adinerada de la región. Pero si el talento de todos ellos es grande y extraordinarias sus condiciones, carecen en su gran mayoría de aquel conocimiento del arte montañés que Rucabado, trabajador infatigable, consiguió a costa de viajes incessantes y del gran número de fotografías y dibujos ejecutados en ellos. Es decir, que intentan proyectar en un estilo que ignoran.

Este conocimiento deficiente de la arquitectura montañesa de muchos técnicos y el imperio de la moda superficial que impone aquélla para los edificios modernos

ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



CASA EN LA PLAZA
DE CANALEJAS, EN
MADRID.

ARQUITECTO: LEONARDO RUCABADO.



ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



CASA EN LA PLAZA DE CANALEJAS, EN
MADRID. ZÓCALO Y PISOS BAJOS.

ARQUITECTO: LEONARDO RUCABADO.



ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



CASA EN LA PLAZA DE CANALEJAS,
EN MADRID. DETALLE DE LA FA-
CHADA A LA CARRERA DE SAN JE-
RÓNIMO.

ARQUITECTO: LEONARDO RUCABADO.



ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



CASA EN LA PLAZA DE CANALEJAS, EN
MADRID. VISTA DE LA TERRAZA.

ARQUITECTO: LEONARDO RUCABADO.



de la región, moda que es capaz de agostar en poco tiempo cualquier tendencia, aun la más seria y varonil, lograrán formar un pseudoestilo llamado montañés, vulgar y anodino, en el que se proyectarán desde las farolas de los tranvías y los cestos públicos de papeles, hasta los Altos Hornos. Un movimiento iniciado tan noblemente por Rucabado es muy probable que termine así en completa decadencia, ya iniciada.

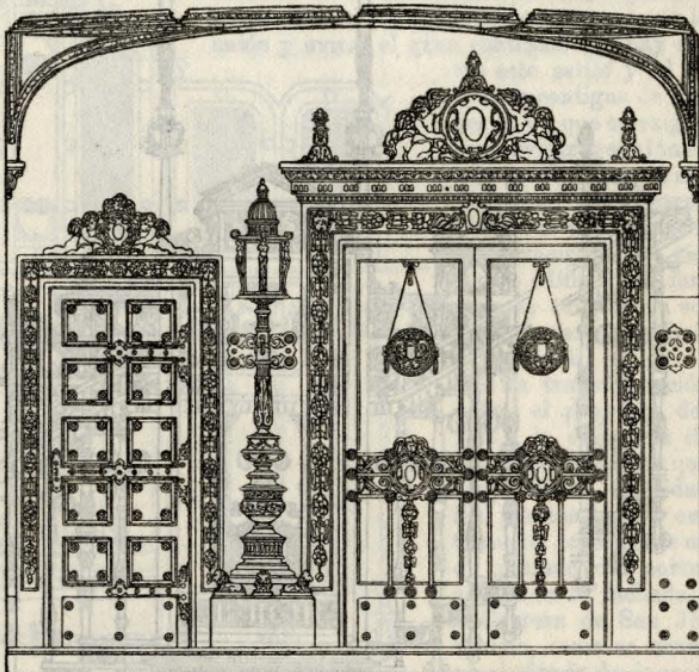
La moral de los párrafos anteriores, útil sobre todo para los alumnos de nuestras Escuelas de Arquitectura, es la de que llegar en arte a hacer algo un poco intenso y serio, como lo fué la obra del Arquitecto montañés, sólo se consigue con un trabajo constante. De las escuelas se debe salir con una orientación y una técnica; tan sólo después de años de labor incesante se puede llegar a tener preparación suficiente para hacer algo de valor en Arquitectura.

Por ignorarlo, muchos arquitectos que se creen genios al terminar sus estudios, dominados por el agotador afán del lucro, no pasan de medianos alumnos de *Proyectos* en toda su vida.

La obra póstuma de Rucabado.

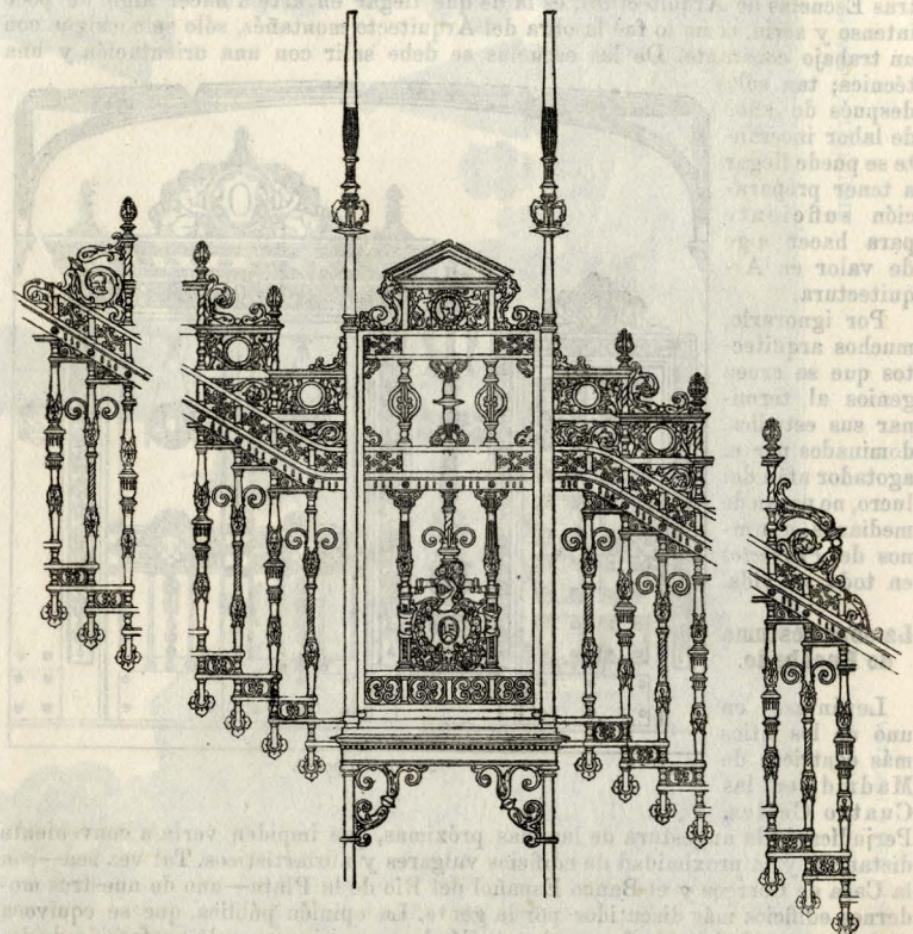
Levantase en uno de los sitios más céntricos de Madrid, en las Cuatro Calles.

Perjudicanla la angostura de las vías próximas, que impiden verla a conveniente distancia, y la proximidad de edificios vulgares y antiartísticos. Tal vez sea—con la Casa de Correos y el Banco Español del Río de la Plata—uno de nuestros modernos edificios más discutidos por la gente. La opinión pública, que se equivoca escasas veces, le ha sido favorable, rindiéndose a su riqueza, a la perfección de detalle y de ejecución, al talento indudable del autor. Los arquitectos jóvenes—y nuestra modesta persona con ellos—han visto en esa construcción, llevados al límite, las cualidades y los defectos de la arquitectura de Rucabado—con todo respeto puede también decirse—. Para proyectarla acordóse su autor de demasiadas cosas: trozos de arquitectura clásica de Toledo, solanas montañesas, palacios de Salamanca, torres de ladrillo andaluzas, chapiteles madrileños... La profusión es general; no hay planos lisos que den valor a la decoración, y la vista se fatiga entre tanta riqueza de detalles. No hay, pues, más que una única nota en toda la fachada en lo que se refiere al empleo de la decoración, y, faltando el contraste, la



Sección del portal.

impresión es de monotonía. Cualquier otro arquitecto hubiera realizado, con elementos tan dispares como en la composición de esta casa entran, un conjunto abigarrado y descompuesto. El gran talento de Rucabado consiguió atarles con cierta unidad. Pero donde aparecen sus condiciones grandes de arquitecto es en los innumerables detalles de este edificio, trazados con mano segura de maestro y que demuestran la preocupación de su autor por sus elementos más insignificantes y menos visibles, como hace todo arquitecto que merece el nombre de tal.



Viviendo Rucabado fuera de Madrid, encargáronse de la dirección de la obra desde sus comienzos dos jóvenes arquitectos de gran valor, los señores Saiz Martínez y Cabello Máiz, discípulos de aquél. Estos la terminaron al morir el arquitecto montañés, procurando siempre que se ajustara a la idea del autor, recopilando los datos que éste dejó y estudiando su arquitectura para completar las formas que aun no estaban definidas.

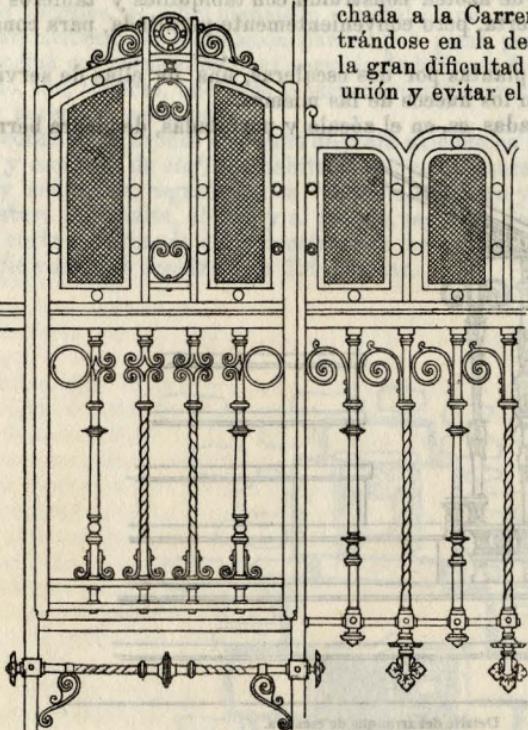
Con gran dificultad se ha ido desarrollando la construcción de este edificio, por

haber sido ejecutado en el período de la guerra europea, y cuando necesariamente las salpicaduras de ella habían de influir en su curso, una vez por aumentos de precios de materiales y jornales, otra por falta de transportes, cuándo por huelgas o lock-out u otros motivos, a más de que por la índole del edificio los trabajos a ejecutar eran de bastante complicación y entretenimiento.

Es su arquitectura de la tendencia tan defendida por Rucabado de conseguir una adaptación de la nacional a las necesidades modernas, teniendo, indudablemente un sello característico suyo, como todas las que realizó con esta orientación.

Tomó como base de su composición la fachada a la Carrera de San Jerónimo, encontrándose en la de la Plaza de Canalejas con la gran dificultad que significaba conseguir la unión y evitar el gran contraste que hay entre este estilo y el de la casa contigua de Meneses, ya que se exigía, para evitar resultara esta unión una nota antiestética, que jugaran las líneas arquitectónicas principales de uno y otro edificio, pie forzado de complicada solución y resuelto admirablemente.

Una transformación sufrió el proyecto, debido a la exigencia de la entidad bancaria que ocupa en su totalidad las plantas baja y entresuelo, consistente en el traslado del portal que va en la fachada a la Carrera de San Jerónimo, como se acusa en el alzado de la misma, al último hueco de la Plaza de Canalejas, junto a la casa contigua, cosa que complicó



Detalle de la escalera de servicio.

bastante, como ocurre siempre en estos casos, la solución de dar acceso a las escaleras principal y de servicio, además de otras causas, por la colocación que, en forma nada conveniente para esta solución, estaban situados los soportes que sustentan la torre.

La superficie del solar sobre que se eleva el edificio es de 667,84 metros cuadrados, equivalentes a 8.601,77 pies cuadrados.

La forma irregular del solar complicaba, indudablemente, el estudio de la distribución interior y, a pesar de esto, las plantas resultan francas y con toda la claridad apetecible, no faltando en ellas ningún detalle moderno, habiendo entre todas las habitaciones de recibo, particulares y de servicio, la necesaria independencia y fácil comunicación.

Las plantas baja y entresuelo se proyectaron diáfanas, teniendo en cuenta que

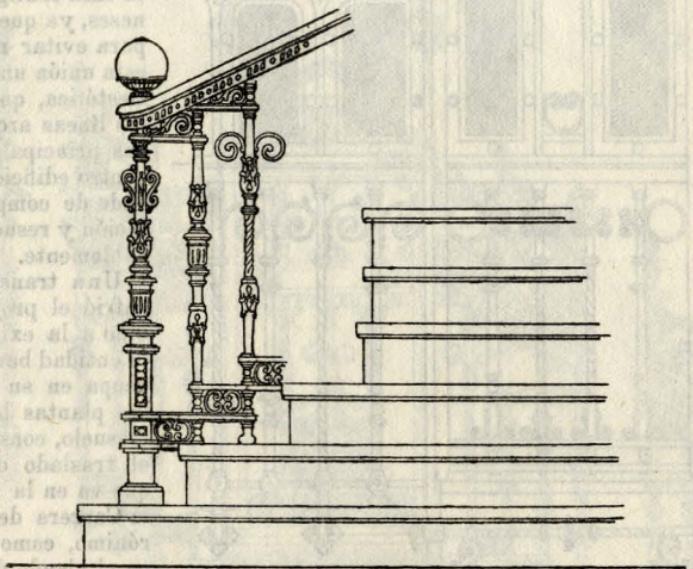
éstas no se utilizarían como vivienda y sí comercialmente, por el lugar de emplazamiento.

Las demás plantas están divididas en dos viviendas, excepto la de ático, que es una sola; consta cada una de las primeras de un vestíbulo y salón, despacho y comedor con acceso por el primero y contiguos a la entrada principal; otro grupo, unido al comedor por el *office*, se compone de éste y cocina, despensa, costura y dormitorio y w. c. de servicio y, por fin, los dormitorios principales, cuarto de baño y w. c.

Las cubiertas son todas de azotea construida con tabiquillos y tableros de rasailla. Los patios llevan cubierta, pero convenientemente peraltada, para conseguir una ventilación completa.

Se comunican todas las plantas por dos escaleras, una de ellas de servicio, y dos ascensores instalados en los huecos de las mismas.

La construcción en fachadas es, en el zócalo y portaladas, de piedra berroque-



Detalle del arranque de escalera.

ña pulimentada, y de Almorquí en lo restante, exceptuando los paños de fábrica de ladrillo que van decorados con chatones de piedra.

Todos los muros son de fábrica de ladrillo con entramado de hierro, menos los del patio central, escalera y medianería y todos los correspondientes a la planta de ático, estos últimos con objeto de evitar los efectos de la dilatación del hierro sobre las cubiertas de azotea.

Los entramados horizontales son de viguetas doble T, forjados, con bovedilla y tablero.

Los pavimentos son entarimados de pino melíx con fajas de nogal, solados de baldosín hidráulico y mármol, según su destino.

Chapados de azulejo inglés con alhambrilla, en baños y *toilette*, y de Castellón, en habitaciones de servicio; de mármol, en escalera, vestíbulo y portal, estos últimos decorados con aplicaciones de bronce.

Zócalos altos de madera de roble, en comedores, y de nogal, en recibimientos.

Carpintería en fachada: de caoba, en solana y loggia; de roble, en puertas de escalera principal y cancelas del portal; de pino, toda la restante.

Cerrajería artística: En balcones y miradores y puerta y escalera principal son de hierro fundido, y cincelado en balaustres, y forjado y repujado, en aplicaciones; los balcones, miradores y puertas de patio y barandilla de la escalera de servicio, de hierro forjado y laminado.

Simetrías empleadas en huecos de miradores y montantes, y lunas en todo lo restante de fachada; cristal doble e impreso en fachadas de patio e interiores.

Los herrajes, de latón niquelado y metal blanco.

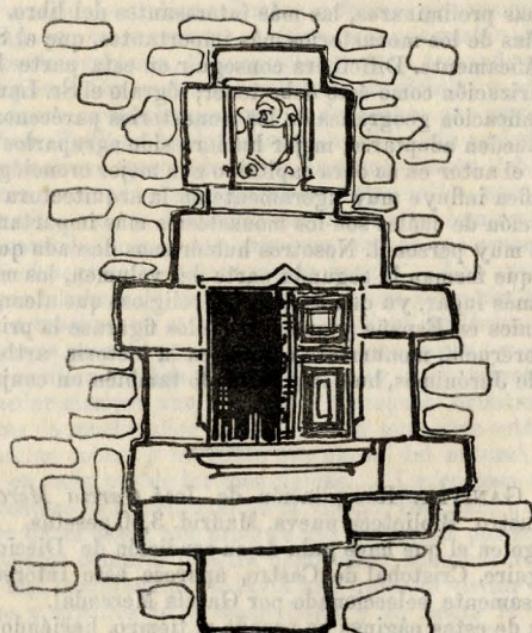
Instalaciones: De calefacción parcial por pisos, por agua caliente a baja presión; cocina con termosifón para servicio de baños y lavabos; limpieza central por el vacío, luz, timbres, teléfonos y pararrayos; aparatos de saneamiento ingleses, de gres y porcelana esmaltada.

Decoración de bronce con baño de plata oxidada en aplicaciones del portal, vestíbulo y escalera; de staff, en habitaciones, con pintura imitando madera en vestíbulos y comedores; esgrafiados en vestíbulo, escalera y patios.

Pintura al esmalte, al óleo y al temple, según su destino.

El coste aproximado de la construcción ha sido de 1.700.000 pesetas, resultando el pie cuadrado construido a 195 pesetas.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS,
Arquitecto.



Ventana de una casa de Ansó (Alto Aragón.)

Dibujo de Gareca Mercadal.